

# Habitar

Por DAVID VILLAGRÁN

## Vencimiento

Era otoño,  
una a una las hojas se volvieron  
sinuosas, o era el paso  
de una bicicleta entre ellas,  
el tejido leve que el viento urdía  
dando su medida a la estación.

Habría que detenerse un día,  
preguntarles cuánto  
es el resto de las horas en tus bolsillos  
cuando a tu lado pasa la juventud

Cuando,  
es la lluvia que le corresponde  
mientras el sol a paso lento  
galopa sobre los periódicos.

Ata una cuerda a tu mano.  
No hay sombra en la velocidad suficiente.

Crece tu cuerpo  
como en sueños crece la noche.

## Polvo

La lluvia  
trae al alma una tranquilidad  
de la cual carece.

Cae. El cuerpo,  
quisiera pensar que no siente,  
pero la tierra húmeda  
rezuma el eco de muchas ruedas.

Jamás parecieron las calles  
contar algo para luego hablar de ello;

Del barro que espera llegar a todas las puertas  
como un pariente perdido.  
De la gente que secamente deja sus casas  
con el aseo de un día claro.

Hablo, naturalmente,  
prevenido por una distancia,  
que espero encontrar su lugar en el tiempo.

La luz de un arte mecánico

Antes, pensé  
lo que uno solía morir en actos  
meros, cotidianos,  
como lavar loza y hacer aseo.

Amonestaba la vida

leyendo el juicio que el jardín esgrime  
con línea recta al infierno sinuoso.

Más todo imposible repite  
cansando su propio misterio,  
hasta que por hábito  
podemos llamarlo.

Ah- la cama nocturna, dejada  
por el cuerpo diurno,  
es el vestido que somos  
para la naturaleza un día.

Sin embargo está el río  
manchando y limpiando un cuerpo de seda  
entre los pueblos de su lecho  
y los puentes de su cauce.

## Moneda

Me dijo, pensaba en carreteras  
lejanas y aletargadas de venidas,  
circunnavegación de la moneda.

No sé qué siglo corría,  
pero a las vallas sumaba las velas,  
y la fatiga de los hombres  
se nos devolvía.

Era el valor,  
eran los riesgos de la filosofía especulativa.  
Donde nuestros rostros fueron grabados,  
dando un nombre que a las cosas consumía.

No sé qué siglo corría, me dijo.  
Pensaba en carreteras.  
Pero nos reunía un fuego en torno  
al vidrio oscuro por donde pasaba la vida.

Las acciones,  
no tocaron al Ángel azul tras la vitrina,  
pero escrutaba  
que no aquilataba las lilas.  
El jardín era de todos y ninguno.

## Estatua

Asolaba  
un hombre muerto la altura precisa.  
Levantó el brazo, espoleó el aire negro.

Si decir pudiera siglos más tarde,  
ni dos huesos  
del cuerpo que ahora machaca la piedra.  
Quien le sopla insistente los pámulos  
y a golpes trajo, sin encabitarlo,  
un caballo.

Hoy el polvo ha abandonado los campos.  
Batallas, entre los ganados sólo  
cuando ellos  
imaginan los caminos de tener  
la altura precisa de un hombre muerto.

Pero hoy lo he visto, al dÃ­a  
 SÃ© que ha vuelto. SÃ© que el sol es la sangre  
 entibiando ahora su espada. Y son muchos,  
 los muertos que reÃ±e cabalgando.

Siglo XIV

No busquen la historia, escrita  
 la pluma dejÃ³ la carne,  
 y el ave el vuelo.  
 Tuve el tiempo a mis espaldas.

Aquellos ojos mÃ­os de mil novecientos,  
 no vieron las puertas del futuro,  
 batientes, entre cÃ­mbalo y estante.  
 Ni su inocencia.

Las llaves que cierran y que abren  
 me legaron, fuentes de plata y sangre,  
 anillo justo al Ã­ndice de la hora,  
 y al espÃ­ritu, dorada corona.

Porque dÃ­ la medida con mi vara,  
 para poner la honra en sorna,  
 y sobornar al rayo y sus fulgores  
 donde mi imagen acompaÃ±a al oro.

DirÃ­n que fui la grava en las artes  
 liberales, por montura y cruel espada,  
 que acuÃ±Ã© en la palma de las eras.  
 Pero nadie tejiÃ³ la blanca estola.

Cierto hombre, alguna vez, puso  
 su puÃ±o en el entrecejo del Padre,  
 dividiendo las aguas, o la piedra

Yo tomÃ© curso, revoluciÃ³n primera.  
 Puse el sol en mi mano. Digamos,  
 que inaugurÃ© el juego macabro,  
 o bien el hecho de darle vueltas.

Ã Ciudadela

Tengo que decirles algo  
 de la ciudad antigua,  
 sobre la que nadie pasa,  
 y la gente se admira.

Entre el aire y el agua  
 me la fueron sacando,  
 pero el cuerpo le faltaba,  
 en la madera bruta.

Le brillaba un solo clavo,  
 y sonreÃ­a, el viento  
 por la pequeÃ±a aspereza  
 de su ruido mÃ­is fino.

Apenas viva caminaba,  
 ganando a cada paso  
 la medida de su vara.

Tropezaba su espalda.

Â

Pieza

DifÃ-cil como hacer todo de uno,  
alguien reposa entre murallas blancas  
para ser movido luego.

Piensa que es un hijo que se acomoda  
en la soledad de una cadencia.  
Ten la imaginaciÃ³n de su madre  
luego, frente al especiero.

Como el reloj cabe en la antelaciÃ³n  
del tiempo justo. Sirve,  
al corazÃ³n hambriento  
mientras cocinas lo de siempre:

Un cÃ-rculo y unas manos,  
el espacio de una boca que nada decanta  
Â¿quÃ© debiÃ³ cantar?

Sentencias sobre un Ãrbol

Curvo el tiempo  
dentro de un Ãrbol, escribe  
el viento que aguarda,  
y la quietud donde germina.

Afuera ha llovido mucho,  
digamos,  
ayer y este dÃ-a.  
Se fue quedando solo el tronco,  
que mis libros miran con envidia.

No sÃ© cÃ³mo le vino el juicio,  
mÃ¡s rÃ-pido que los testigos.  
Ni cuÃ¡ndo cantaron los cables  
que se juntaron los vecinos.

Miro las manos de cada uno,  
y las hojas no estÃ¡n volviendo.  
Fueron trozos de la corteza,  
reafirmando su independencia.

Libre el recuerdo,  
ContinÃ³a mi cuerpo, prospera  
en la medida de su esfuerzo  
por ir aprovechando el tiempo.

A cada lÃ-nea donde se arrima,  
un Ãrbol se da por aludido  
si nunca nadie lo ha visto.  
La tierra lo sacÃ³ de cuajo.

No hace falta ningÃºn diluvio,  
que corte simetrÃ-a al cielo  
para reunir a los hombres  
en medida de lo posible.

Sin pensar recogÃ- las tablas,

y las forcé a su propia imagen  
como arca reducida a casa.  
No seré nuestro paraíso.

El mundo, sin embargo, puede  
entrar. Si buscas una llave  
para la puerta que está abierta,  
has perdido toda esperanza.

#### Traslado

Te acuestas cansado, el día  
cual ni hacia su madre corrió a tumbos.  
En tu pecho quieres creer, se agita  
un atleta entrenado a la paciencia.

Ten confianza, algo se obtuvo  
del ayuno al almuerzo y de vuelta.

Si el sueño que sale de tu frente,  
gira impasible por la almohada,  
amasa una fortuna para el fuego.

Dormida sentó cabeza la vida.  
Le conduce sin cuidado  
que dispense el movimiento.

Ve traduciendo su ritmo de risa,  
de queja, tumulto, y a trazos  
haz uso del idioma de tu danza.

Aunque el ruido del horno te contenga  
y la hora compre y venda todo paso,  
el calor se quedará en tus ojos  
nuestro sueño recibir su forma,  
tendrá tu cuerpo la energía de un beso.

#### Empleo

No tengo trabajo,  
por una habitación sin coraje  
me empeño en vigilar a la noche  
sitiado entre las cosas  
y su lugar permanente.

Con violencia,  
presiono su ruido en la almohada  
pero no deja en paz los interruptores,  
llena los ceniceros de tiempo,  
secreto dominio en las llaves ejerce.

Haciendo pequeños viajes,  
traslado su uso y desuso  
porque no tengo empeño, me digo,  
en ir trabajando la noche.  
Blancas las paredes  
hacen tabula rasa de mis ojos  
quietos sobre la ventana, antes.

Entra en mi corazón  
un plato de sopa caliente,  
mismo jornal del que vino

a las tres, a las cinco, a las siete.

A las diez se abre la puerta del closet  
y tengo que abrir la suya a la noche.

Â

Ropa

El esqueleto ha blandido calzando  
lo visto y lo vivido, pende  
de los garfios, de las horas  
pareciendo una caja que flota  
llena de fantasmas, o banderas  
curvas por el viento  
y sacudidas de la tierra.

Si todo lo que el cuerpo dio  
ya lo envuelve el alma, limpio  
como la ropa que deja un hijo muerto,  
prefiero postergar el regalo  
que atraviesa los mares, la invasiÃ³n  
de los mercaderes que imprimen  
la historia de los aÃ±os en mi deseo diurno  
por levantar mi mÃ¡cula, mi ruina.

No comprendo el idioma de los muertos,  
ni los colores que atestiguan  
la rica pobreza de sus telas.  
Pero cantan, ocultÃ¡ndome abandonan  
la rabia que condujo nuestros viejos huesos  
a embestirse jÃ¡venes, desnudos por un paraÃ±so.

Comprendo el arte de dormir con ropa.  
Si el esqueleto ha blandido  
todo lo que el cuerpo dio calzando,  
mi mancha, mi ruina. Sacudidas de la tierra.

Â

Lento

La luz de la maÃ±ana pierde el espacio  
que las lÃ¡mparas encendieron.

Los perros dan vueltas en el patio  
Orinan, defecan en silencio.  
Tu madre pregunta por lo que me falta,  
caminarÃ¡ al supermercado luego.

Piensa, cuÃ¡nto podrÃ¡a durar un cigarrillo  
cuyo humo se levanta con el dÃ¡a.

EstÃ¡n listos los garbanzos, ha dicho.  
Su desorden, la lluvia que se espera,  
el angosto ruido del telÃ©fono.

Sales de la cama a contestar preguntas  
que ni yo mismo todavÃ¡a encuentro.

Respuesta

Rodeado por el cardo del patio  
un niÃ±o en pijama y pantuflas  
timbra la risa de un juez de provincia  
sobre tu racimo de preguntas.

Todos los caminos del recuerdo  
conducen a su oficina apacible,  
donde depositas la ofrenda  
y comienzas bajando la cabeza.

Rindes las cuentas de siempre  
mientras su perro se apoya en tu pecho  
pero cada vez salta más alto. Veraz,  
supera el dictamen, ignora la pandereta.  
¿  
Tu padre siente la crueldad de la escena,  
el olfato del perro por la manzana  
la risa del niño midiendo la casa.

Pudiste responder escondiendo  
tu corazón en la justicia del cardo.  
Una semilla de mostaza lo imaginaste  
para los pájaros, futuro abrevadero.

Pero hoy el árbol crecido de tu infancia  
cede ante la llave de paso, como el cardo  
a la baldosa se arrodilla. Y su justicia,  
ante tu boca, todo lo haz hecho pequeño  
te responde.